

# MI MADRE PATRIA

Víctor Manuel Toledo / Facultad de Ciencias

VERDE

Hoy  
parto sin dolor  
desde mi origen  
hacia la edificación de tu capilla ardiente

Crescencio Nacozari corre, camina, flota sobre las calles menstruosamente acuáticas de la ciudad de México. Las penetra hasta sus últimos reductos. Pensativo, se sumerge en el humo de los escapes mesenquimatosos, en el cúmulo de luz café emitido por la creciente industrialización nacional. Respira los gases de la inflación monetaria (substancias volátiles de créditos bursátiles) y de la transmisión serológica correspondiente. Se sublima con el sonido mecánico de los motores y con las dosis sanguíneo-alimenticias que lo nutren. Soporta el desarrollo piramidal y los movimientos inusitados de la mucosa que lo envuelve. Contempla desde adentro con sus ojos pequeños apenas esbozados. Fuma un cigarrillo. Se limpia el overol, sus manos callosas encienden el radio de transistores que lleva unido al cuerpo por un cinturón de cuero.

Crescencio Nacozari se desliza entre los paradores de fieltro gris, camina junto a seres que no lo miran. Deambula en abúlicos paseos que seguramente aliviarán el tiempo de la espera. Aprieta el paso. Se detiene en una esquina. Patea en el vacío un objeto dorado de giros asfálticos. Retrocede, ahora gira el cuerpo ictiomorfo y semicircular buscando posiciones más cómodas. Levanta la vista. Se pasa lentamente la mano por la frente. Arrastra sus hoscos zapatos llenos de mezcla y cal. Es por demás, sabe él que todas las glorietas, las calles, las plazuelas, los entronques, las avenidas, las cerradas, los viaductos, conducen en última instancia al enorme cordón blanco, casi transparente que temblando descubrió.

—Y miraste entonces con tus ojos verdes de esperanza, blancos de blancura, rojos de nostalgia (chinguñosos), la enorme elipse que comunicaba electrónicamente los corazones de los hombres. Contaste, mediste, registraste sus latidos a través de finos aparatos de extrema sensibilidad. Construiste con pequeños diamantes un instrumento de nuevos acordes y finalmente encontraste los fragmentos de tu liberación en viejas gargantas aterciopeladas.

Renaciste, despertaste de tu sueño donde pequeños hombrecitos dorados trabajaban la tierra (sus brazos no conocían más que el agua y el maíz). Transformaste, tu cuerpo todo se convulsionó, hubieron pequeños acon-

tecimientos anatómicos, pero siempre estuviste de acuerdo en su necesidad. Desfloraste, partiste-repartiste-compartiste. Escalaste algunos montículos hasta entonces desconocidos y en medio de una sinfonía verdaderamente popular, comenzaste a andar.

Poco a poco comprendiste la poca utilidad del estandarte y vertiginosa iniciaste la corrección del texto. Sembraste espigas nuevas, abriste lúcidos ventanales, desempolvaste pergaminos, acomodaste los frascos en posiciones menos aleatorias. Sin embargo el límite ancestral te detenía, tu voz extrañamente se hizo aguda —mezosopránica—, diste preferencia al utensilio de cristal, iniciaste la perfección de tu figura, adornaste tus hábitos de finos ornamentos, olvidaste las consignas y los lemas, refinaste tus modales y te lanzaste ansiosa por los bosques. Aquel día la seducción llegó a tus huesos.

Crescencio Nacozari derrapa sus miradas en las puertas, aunque sabe que nunca se abrirán, canta con guitarras “pasadas de moda” canciones antiguas de montañas y pueblos; fricciona su corazón de rancho contra los sólidos bloques del edificio patriarcal, en espera de alguna circunstancia térmica.

Crece en esencia Nacozari, hombre, 7, 15, 23, 46, 59, 72 años. Plomero; torno viejo, retorno de correos, albañil-cirquero-peón, para servirle a usted, no escatima ningún esfuerzo en la total absorción de su alimento.

Ahora se dirige (cientos de hilos lo obligaron contra los muslos del destino-poeta que se afanaba en llevarlo al “gran ocaso”) al último piso, último recurso que le queda, de la Torre Latinoamericana —fundada, construida, inaugurada— que destaca entre las nubes grises como un gran monasterio, asta bandera de erecta plenitud y nacional preponderancia.

#### BLANCO

Después de que ellos ciñan  
tus sienes de oliva

Amaneces en sus brazos (le besaste las barbas cuarenta y ocho veces). Tomas tu bolsa o tu morral. Sales del cuarto, del pasillo, del hotel, de la calle, de lo colonia, de la ciudad, del país, del continente, del mundo. Cambias de mundo. Ahora estás sobre un cocodrilo de manchas clericales —sus escamas te lastiman las piernas— el que te lleva a Nápoles, París, Niza, Londres. . . Tomas el desayuno en Sanborns.

—Orange juice

Como si fuera un arrebató azteca

—Pepitos steak

Con la emoción del pasado pasado

—Spanish omellete

Tristes águilas en viejos nopales

—Whipped eggs

Recogen los ritos y las predicaciones

—Hot cakes

Para llevarlas a un lugar escondido y pretérito

—Bread and milk

De sus pirámides enajenadas

—Please

—.....

—Como que se alimenta la vieja ¿no?





*"Oh madre patria, madre pasada, presente y futura..."*

- Qué pasa joven, más respeto, no sabe usted que esta pituca es su madre  
 —¿Mi madre?  
 —Sí, su mamacita patria.

Crescencio Nacozari domina con sus ojos la ciudad, la siente suya por vez primera. Su mano tiembla al señalar el Bosque de Chapultepec (esa mancha verde y fresca llena de grillos); Nonoalco Tlatelolco; La Villita (aquel piquito que apenas y se ve); La Ciudad Deportiva; el Periférico (esa culebra que se retuerce por allá).

El viento peina sus pensamientos, eriza su sangre.

Crescencio Nacozari, naco y nacozari, nagual y naguatlato, cargador y hojalatero, pintor de colores magnéticos, hombre que huele a pan (¿panadero?), pieza preciosa del enjambre de montañas aztecas que se iluminan diariamente con las luces del anuncio cachondo y tentador de un viejo cine. Te vienes caminando por la Avenida Juárez, los brazos caídos, la cara empolvada y sin aliento, anodina en señal de no recuerdo qué protesta.

Arrastras tus cadenidas tricolores y tu himno emocional. (¡Viva México!) Partes calles, devoras esquinas, refrescas tu vista en fuentes que no existen. Desfiguras semáforos con tu sable de plata —sucio y maltratado. Te arrojas eufórica a los pies de algún transeúnte distraído.

Finalmente te miras en los cristales amarillos y rojos de la Revolución.

Un fotógrafo de la Alameda te mira pasar, se limpia las manos en sus pantalones sucios y grasosos, coloca su cámara cajón, tripodial y zancona —cámara ataúd también le llaman— en una posición que él cree es la correcta, arrima la cubeta, se introduce debajo de la tela negra —sumergirse en la obscuridad oceánica— y comienza a sacarte cientos, miles, millones de fotografías, copias, caricaturas, clisés, daguerrotipos, los cuales serán conocidos, previa distribución equitativa y concienzuda, por el grueso de la población.

Tú ingenua —clic— confundida —clic— perspicaz —clic— atónica —clic—. Tú malévolamente —clic— angustiada —clic— sugestiva —clic— retrógrada —clic—. Tú intrusiva —clic— espontánea —clic— melodramática —clic— efusiva —clic— y destellante —clic—. Tú esdrújula —clic— y apócrifa —clic—, estás aquí como todos los años, provista de todos los instrumentos, las cisternas, las lonas, los buques que recibirán las toneladas de aplausos, los litros de confeti celestial, las risas y los agradecimientos que desbordan las calles.

*Una voz napoleónica se escucha:*

... en virtud de que seguimos los firmes postulados de nuestra idiosincrasia, hemos decidido seguir hacia adelante, apoyados en los sanos principios emanados, que no son más que las aspiraciones (y expiraciones) del pueblo (*aplausos*).

u-na-ban-da-da-de-cuer-vos-  
 (280) -cru-za-el-es-pa-cio-va-  
 cío-hacien-do-ah-ah-ah

- Oh madre patria soy tu hijo y soy tu amante, tus predicados son los míos y viceversa  
 —¿La madrecita desea champagne?  
 —De perfil por favor amadísima  
 —Oye gorda (49.776 kilogramos según el último informe presidencial), cualquier problema hay que comunicarlo  
 —Encantado de conocerle a usted  
 —No se moleste todo podemos arreglarlo  
 —Gusta usted mostrarle al pueblo su nuevo portabustos de oro  
 —Por la unidad nacional  
 —Te ves elegantísima  
 —Tu monumento será espectacular  
 —(Todos) presagio afectivo no seducción



V.M.T.

*“ . . . quieres decirle al maquinista que detenga el juego, pero él está tan lejos y tan distraído que no te escucha. . . ”*

---

Crescencio Nacozari ha terminado de alimentar su propia imagen, de nutrirse de elementos visuales; sus tejidos han madurado lo suficiente y se encuentran listos para el enfrentamiento. Sabe que muy pronto será el nuevo hombre barbudo y blanco y descende entre cuevas de harina, entre cavernas grotescamente construidas.

Desciende lentamente piso a piso, entre sus manos lleva flores que disparan aromas vegetales. Sangre nueva alimenta su corazón garapiñado.

(piso 41, 40, 39. . .)

ROJO

Yo soy el fruto de tu vientre patrio  
mis semillas serán las convulsiones

Estás sudando, todo tu cuerpo destila agua de sabores. Las carcajadas se pegan a tus mejillas adhesivamente (abren la boca como un hipopótamo



hambriento). Deseas sentirte molesta, estás molesta, siempre has estado molesta, pero el enorme remolino te arrastra, tú misma eres su vortice, su eje, su nuevo centro de gravedad.

Ahora ya no puedes detenerte y utilizas todas tus fuerzas para prenderte de los naranjales que llegan a tu mente, sólo sientes las imágenes perforando tus poros, los ruidos metálicos de las voces, las carnes perfumadas, los abdómenes prominentes y las cabezas calvas.

Te levantas de tu asiento casi mecánicamente, das dos, tres, cuatro pasos para otear el terreno y te arrojas a la arena que ellos han construido con juegos pirotécnicos (ahora escuchas las notas de un vals neoporfiriano). Giras, danzas, te agitas, tu circulación se hace mas fluida, la música —que toca la banda típica de la ciudad o un conjunto de música pop— misteriosamente te integra y te desintegra.

Eres un ave, un rehilete, una beatnik, una serpiente, un algodón de azúcar. Eres simplemente el personaje estrella de esta obra teatral.

FARSA de inevitable y obligatoria aparición

—Pronto, ya dieron la última

—Tercera llamada, tercera llamada. Atención. Atención. Todos a sus puestos. Atención. Todo listo para despegar. Todo listo para comenzar.

Tercera llamada. Atención. Tercera llamada. Terceraaaaa.

(piso 39, 38, 37, 36 ...)

Altitud sobre el nivel del mar. Temperatura: algunos grados centígrados.

Fecha: cualquier día de cualquier mes, de cualquier año. Precipitación:

---

“... los ruidos metálicos de las voces, las carnes perfumadas, los abdómenes prominentes y las cabezas calvas...”



J.M.T.

regular gracias. Presión atmosférica: trescientos milímetros sobre nuestras cabezas. Luminosidad: por encima de lo normal ¿Por qué no usa Polaroid? Vientos: abundantes al norte, al este, al oeste, al sur, al sureste, al noroeste, al sur-noroeste, y al nor-sur-sureste. Por debajo, por encima, por un lado, por detrás. Lugar: complejo intersticial polansatelitenarvardelvalle-lindavilislomaspedregal.

—¿Perdone me deja en la Calzada de los Misterios?

—Los Misterios, los misterios.

—*Para bajar empuje usted la puerta cuando se encienda la antorcha de nuestra libertad*

—¿Cuándo?

—Comenzamos. Música por favor (¿jazz?). Luces

—La primera posición es, cuerpo vertical, manos juntas, dedos entrelazados, mirada sincera, los pies formando un ángulo de no sé cuantos grados; barba rasurada y . . . ¡Hágame usted el favor señor lector de no mirarnos tan feo, si usted no está de acuerdo con todo esto, no es culpa nuestra, nosotros sólo tratamos de representar nuestros papeles de la mejor manera, o en silencio. . . ! Continuamos, segunda posición, genuflexión lenta, con el tórax semicurvo y la cabeza inclinada; mirada de arrepentimiento, piernas juntas. La tercera posición sobra decirla. Pueden todos sentarse.

— . . . Ten piedad de nosotros

—La moda inglesa e italiana dictada por los más renombrados especialistas, manda enseñar las tres cuartas partes de los conductos genitales de Müller. Atentamente Christian Dior.

—Clávale tu pastilla nupcial chulis

—Piélago dormido, se *te pasó* la voz del "nembutal"

—De mi amor coagulante y sincero

—Desde una residencia de fríos recuerdos homeopáticos.

—Ampliamente conocido, explícitamente recomendado

—Cuidado con los codos amor

—Recepción al recibir receptores sin recibo

—Su viaje en Mustang por el carril de ochenta

—¡Clin-clin, clin-clin-clin! ¡Una de a veinte, dos cincos, un billete de a diez, un tostonacho, un plateadito, tres pesetas, ¿un morelos?, diez de papel. ¿Aguila o sol?

—México creo en ti

—Por el bienestar de mi familia, por el progreso de mis negocios, por las sirvientas honradas, por los anillos plateados y los diamantes, por los peinados chompis, por el abrigo de mink, de terciopelo, de marta, de nutria, de consejo, de tapir, de perro hambriento (al fin que está de moda), por los fines de semana en Cuernavaca, por mi loción capilar, por los sábados sociales, por el jarrón chino y vietnamés (¡ay! Vietnam), por mi cepillo de dientes automático (Prrr), por el vestido de chaquiras, por mis medias de alambre, mis pulseras, mi tabaco importado, mis pantuflas de grandes borlas amarillas. Por los desayunos en vips, las comidas en Sanborns y las cenas en la casa de La Chingada (¿no comen? no gracias desayunamos tarde). Por las cocas, los ligues, los piques, los sandwiches, los cueros, los pedros, las ondas y el apantalle. ¿Que cuál es mi lujo? No lo sé sencillamente uno no puede saberlo todo.

—Amén

(piso 18, 17, 16, 15 . . .)

#### TELÓN

Comprendiste ya la situación y tratas de adaptarte a ella de la mejor manera, casi superas en velocidad a la centrífuga sobre la que te encuen-



tras, abres y cierras los ojos con el objeto de obtener alguna respuesta emocionante, pero sientes náuseas y prefieres dejarlos quietos como estaban

VOZ PEQUEÑA    Todavía me encuentro en tu vientre y sin embargo te veo,  
Y DISTANTE    siento tu corazón encima de los hombros y puedo describirte. Acucillado como siempre, espero el momento de abandonar este escondite visceral, de romper este mundo de sábanas; este mundo de paredes mucosas, de pulseras que ahorcan, de grumos azules y verdes.

Un reptil “decente” asoma la cabeza para decir “te quiero”. Plumas de color anaranjado, boinas y bonetes aparecen para bendecir un strip-tease financiero, mientras en una fábrica de fracs y discursos, miles de orificios son atravesados por finas agujas de celofán y un anuncio luminoso de neón indica la manera más rápida de hacerse Prometeo.

VOZ PEQUEÑA    Me llevas contigo y no me llevas, provine un día de ti y  
Y DISTANTE    sin embargo permanezco adentro. Partí y no partí, mi salida fue también mi entrada. Oh madre patria, madre pasada, presente y futura, en qué pozo judicial habrás de encasillar mi ofrenda.

(piso 13, 12, 11, 10...)

La náusea te aumenta, sientes también escalofríos, la sangre te sube a la cabeza, hueles a yodo, quieres decirle al maquinista que detenga el juego, pero él está tan lejos y tan distraído que no te escucha (además fuma puro y usa zapatos de algodón). La lujuria de voces continúa, haces un esfuerzo y logras hacerte a un lado y mantener el equilibrio, pero esto sólo es momentáneo. Ahora te miras en un espejo roto —no es rojo ni amarillo y eso te extraña—, te sientes sísmica como si no llevaras tus ungüentos. Consultas un reloj que tiene las manecillas oxidadas. Tu cuerpo esta manchado de tinta. Sientes un tambor por dentro, el aleteo de un pájaro desconocido.

(piso 6, 5, 4, ...)



RÓTULO  
PRIMERO

Tú crómica, sulfúrica, orgánica y clorhídrica  
Yo málico, maleíco, fumárico y edípico  
Desprendiendo tus puertas. . .

RÓTULO  
SEGUNDO

Tú cetona, amina, nafta y silicona  
Yo uretano plástico, espeso antioxidante  
Superando tus diques membranosos. . .

RÓTULO  
TERCERO

Tú fertilizante, tenite butirato, laca, xilol y benzol  
Yo defoliante y fumigante, creosoto, emulsión de  
monómeros  
Proveniendo de tu almendra profunda. . .

RÓTULO  
Y ÚLTIMO  
CUARTO

(piso 3, 2, 1 . . .)

Tú magma vegetal, planta dulceacuicola, alberca  
de agua hedionda donde sufrieron mis primeros  
pulmones, agente que trabaja los metales preciosos.  
Yo gel, melánico lactante, cobre, pigmento de pin-  
tura tricolor.  
Yo Crescencio Nacozari  
Partiendo de tus patrios procesos. . .